

# LA MEZCLADORA DE CEMENTO

*RAY BRADBURY*

—¡Ettil, el cobarde! ¡Ettil, el renegado! ¡Ettil, que no quiere participar en la gloriosa guerra de Marte contra la Tierra!

—¡Ettil, el padre de un hijo que crecerá a la sombra de esta horrible verdad! —dijeron las viejas de piel arrugada y ojos astutos—. ¡Qué vergüenza!

La mujer de Ettil lloraba en un rincón de la habitación. Las lágrimas caían como una lluvia, numerosas y frescas, sobre los azulejos.

—Oh, Ettil, ¿cómo puedes pensar así?

Ettil dejó a un lado el libro de metal con marco de oro que, rozado por los dedos, le había cantado una historia durante toda la mañana.

—He tratado de explicártelo —dijo—. Esto es una locura. Que Marte invada la Tierra... Nos matarán a todos. Me quedaré en Marte, a leer.

Un golpe brusco en la puerta. Tylla fue a abrir. Su padre entró rugiendo:

—¿Es cierto lo que han dicho? ¿Mi yerno un traidor?

—Sí, padre.

—¿No vas a luchar en el ejército marciano?

—No, padre.

—¡Dioses! —El viejo enrojó hasta las orejas—. ¡Qué oprobio! Te matarán.

—Y bueno, que me maten. No habrá más discusiones.

—¿Quién ha oído hablar alguna vez de un marciano que no quiera invadir la Tierra?

—Nadie. Admito que es algo increíble.

—Padre, ¿por qué no tratas de convencerlo? —preguntó Tylla.

—¿Convencer a un montón de estiércol? —gritó el suegro con los ojos brillantes. Se acercó a Ettil—. Brilla el sol, suena la música, las mujeres lloran, los niños saltan, todo como debe ser, los hombres desfilan valientemente, ¡y tú sentado aquí! ¡Qué vergüenza!

—¡Salga de mi casa! ¡Váyase al infierno con sus frases idiotas! —estalló Ettil—. ¡Lárguese! ¡Llévese sus medallas y sus tambores!

Ettil echó a empujones a su suegro mientras su mujer lloraba a gritos.

Un escuadrón militar cruzó la puerta.

—¿Etil Vrye? —gritó una voz.

—Sí.

—¡Está usted arrestado!

—Adiós, querida. Me voy a la guerra con estos imbéciles —gritó Etil, mientras los hombres vestidos con mallas de bronce lo arrastran hacia la puerta.

El calabozo era limpio y claro. Sin libros, Etil se sentía nervioso. Se tomó de las rejas y observó los cohetes que subían en el aire nocturno. Las estrellas eran muchas y frías; cuando un cohete se lanzaba hacia ellas, parecían apartarse.

—Imbéciles —murmuraba Etil—. Imbéciles.

Se abrió una puerta y entró un hombre con una especie de vehículo lleno de libros. Detrás del vehículo venía el comisionado militar.

—Etil Vrye, nos gustaría saber por qué tenía usted estos libros ilegales terrestres en su casa. Estos ejemplares de «*Historias Maravillosas*», «*Cuentos Científicos*» e «*Historias Fantásticas*». Explíquese.

—Si van a matarme, mátenme de una vez. Esta literatura explica precisamente por qué no quiero ir a la Tierra. Explica por qué la invasión fracasará.

El comisionado frunció el ceño volviéndose hacia las revistas amarillentas.

—¿Cómo es eso?

—Tome cualquier ejemplar —dijo Etil—. Cualquiera. Nueve de cada diez historias (publicadas entre los años 1929 y 1959, según el calendario terrestre) hablan de una invasión marciana que invade exitosamente la Tierra.

—Ah. —El comisionado sonrió, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Y que luego —dijo Etil—, fracasa.

—¡Traición! ¡Literatura subversiva!

—Como guste, pero permítame que saque algunas conclusiones. Las invasiones fracasan, invariablemente, a causa de un hombre joven, generalmente delgado, generalmente irlandés, generalmente solo, llamado Mick o Rick o Jick, que destruye a los marcianos.

—¡No creerá eso!

—No, no creo que los terrestres puedan hoy hacer eso..., no. Pero tienen una tradición, ¿comprende, comisionado? Varias generaciones de niños han absorbido esos cuentos. No conocen

sino una serie de invasiones sucesivamente aplastadas. ¿Puede decir usted otro tanto de la literatura de Marte?

—Creo que no.

—Sabe que no. Nunca hemos escrito esas historias tan fantásticas. Sólo atacamos y morimos.

—No comprendo su razonamiento. ¿Qué relación ve usted entre la guerra y estas revistas?

—La moral. Algo muy importante. Los terrestres *saben* que no pueden fracasar. Lo llevan dentro, como la sangre en las venas. Rechazaron todas las invasiones, aun aquellas maravillosamente organizadas. El haber leído durante su adolescencia todas esas historias les ha dado una fe que no conocemos. Nosotros, los marcianos, no estamos seguros. Nuestra moral es muy baja, a pesar del estrépito de tambores y cobres.

—¡Basta! ¡Traidor! —gritó el comisionado—. Arrojaremos al fuego estas revistas y haremos lo mismo con usted dentro de diez minutos. Elija, Etil Vrye: unirse a la legión de los guerreros o morir en la hoguera.

—Si hay que elegir entre dos muertes, elijo la hoguera.

Arrastraron a Etil hasta el patio. Allí vio cómo arrojaban al fuego sus revistas, tan cuidadosamente coleccionadas.

En el otro extremo del patio, en la sombra, vio la solemne y solitaria figura de su hijo, con los ojos amarillos, grandes y brillantes, llenos de pena y de miedo. El niño, silencioso, no se movía. Miraba a su padre y sólo quería esconderse.

Etil miró el pozo de fuego. Sintió unas manos rudas que lo empujaban hacia el rojo perímetro de la muerte. Tragó saliva y gritó:

—¡Un momento!

—¿Qué pasa?

—Me uniré a la legión de los guerreros —respondió Etil.

—¡Bien! Déjelo en libertad.

Las manos cayeron.

Etil se volvió y vio a su hijo que esperaba, allá en el otro extremo del patio. No sonreía, esperaba. En lo alto del cielo un dorado cohete incandescente subió entre las estrellas.

—Y ahora despediremos a estos valientes guerreros —dijo el comisionado.

La banda rompió a tocar, y el viento bañó suavemente con una dulce lluvia de lágrimas al ejército sudoroso. Los niños correteaban. Etil miró a su mujer, que lloraba de orgullo, y a su hijo, serio y callado.

Entraron marchando en la nave. Una compuerta se cerró de golpe.

Una válvula silbó.

—Hacia la Tierra y la destrucción —murmuró Etil.

—¿Qué? —preguntó alguien.

—Hacia la gloriosa victoria —dijo Etil con una mueca.

El cohete dio un salto.

El espacio, pensó Etil. Henos aquí, rodando entre las tintas negras y las luces rosadas del espacio. Henos aquí, en un cohete lanzado hacia los terrestres para que, cuando alcen la cabeza, los ojos se les llenen de reflejos de miedo. ¿A qué se parece esto, estar lejos, muy lejos del hogar, de la mujer y los hijos?

—¡Destacamentos de combate! ¡Destacamentos de combate!

—Listos.

—¡Arriba! ¡Rápido!

Etil no se movió. Las dos manos frías se movieron ante él, en alguna parte.

Qué rápido ha sido todo, pensó. Hace un año un cohete terrestre llegó a Marte. Nuestros hombres de ciencia, con sus increíbles talentos telepáticos, copiaron la nave; nuestros trabajadores, con sus fábricas increíbles, la reprodujeron cien veces. Ninguna otra nave ha llegado a Marte desde entonces y, sin embargo, ya todos hablamos perfectamente el idioma de la Tierra. Conocemos su cultura, su modo de pensar. Y ahora vamos a pagar el precio de nuestra inteligencia.

—¡Preparen las armas!

—¡Listos!

—¡Apunten!

—¿Distancia?

—¡Quince mil kilómetros!

—¡Al ataque!

Etil trató de sostenerse clavándose fuertemente las uñas en la razón.

Silencio..., silencio, silencio. Espera.

—¡TIII... TI... TIII!

—¿Qué es eso?

—¡Una radio de la Tierra!

—¡Sintonicen!

—¡Están tratando de comunicarse con nosotros!

—¡TII... TII!

—¡Aquí están! ¡Escuchen!

—Aquí la Tierra, llamando a la flota de invasión marciana. ¡Les habla William Sommers, presidente de la Asociación de Productores Americanos!

Etil se inclinó hacia adelante cerrando los ojos.

—Bienvenidos a la Tierra.

—¿Qué? —rugieron los hombres en el cohete—. ¿Qué dijo?

—¡Es una trampa!

Etil se estremeció, abrió los ojos y miró con asombro la voz invisible que brotaba del techo.

—¡Bienvenidos a la Tierra! ¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos a la Tierra industrial y verde! —declaró la amable voz—. Les damos la bienvenida con los brazos abiertos. ¡Que vuestra sangrienta invasión se transforme en una eterna amistad!

—¡Una trampa!

—Hace muchos años ya, nosotros los terrestres, renunciamos a la guerra, destruimos nuestras bombas atómicas. Todo el planeta es vuestro. Sólo les pedimos un poco de gracia, bondadosos invasores.

—¡No puede ser cierto! —murmuró una voz.

—Es una trampa.

—Aterrícen y sean bienvenidos, todos ustedes —dijo el señor William Sommers de la Tierra—. Aterrícen en cualquier parte. ¡La Tierra es vuestra! ¡Todos somos hermanos!

Etil se echó a reír. Todos se volvieron hacia él. Los marcianos parpadearon.

—¡Se ha vuelto loco!

Etil no dejó de reír hasta que alguien lo golpeó.

Un hombre bajo y gordo que esperaba en la plataforma de cohetes, en Green Town, California, sacó un limpio pañuelo blanco y se enjugó la frente cubierta de sudor. Luego miró allá abajo a las cincuenta mil personas rodeadas por un cordón de policías. Todos miraban el cielo.

—¡Allá vienen!

Los cohetes marcianos surgieron de la luz.

El alcalde miró nerviosamente a su alrededor.

—¿Todos preparados?

—Sí, señor —dijo Miss California 1965.

—Sí —dijo Miss Estados Unidos 1940, que había venido corriendo a sustituir a Miss Estados Unidos 1966 que estaba enferma.

—Sí, viejo —dijo el campeón de los recolectores de frutillas del valle de San Fernando de 1956.

—¿Lista la banda?

La banda alzó sus instrumentos de cobre como si fuesen cañones. Los cohetes aterrizaron.

La banda tocó «Allá voy, California», diez veces.

Desde el mediodía hasta la una, el alcalde pronunció un discurso con ademanes ante los silenciosos y desconfiados cohetes.

A la una y cuarto se abrieron las puertas de las naves.

La banda tocó «Oh, tú, hermoso país», tres veces.

Etil y los otros cincuenta marcianos saltaron a tierra con las armas preparadas.

El alcalde corrió hacia ellos con la llave de la Tierra en las manos.

La banda tocó «Santa Claus llega hoy a la Ciudad», y un coro traído de Long Beach cantó algo así como «Los Marcianos llegan hoy a la Ciudad».

Los marcianos vieron que nadie llevaba armas y se tranquilizaron un poco.

Desde la una y media hasta las dos y cuarto, el alcalde volvió a pronunciar su discurso pro marciano.

A las dos y media, Miss Estados Unidos 1940 se ofreció a besar a todos los marcianos si se ponían en fila.

A las dos y media y diez segundos, la banda tocó «¿Cómo están todos, cómo están?» para disimular la confusión creada por la sugerencia de Miss Estados Unidos 1940.

A las dos treinta y cinco, el campeón de los recolectores de frutillas de 1956 presentó a los marcianos un camión de dos toneladas lleno de frutillas.

A las dos treinta y siete, el alcalde repartió entre los marcianos unos pases gratuitos para los cines Elite y Majestic, uniendo a este regalo otro discurso que duró hasta después de las tres.

La banda tocó y las cincuenta mil personas cantaron «Pues son tan buenos muchachos».

Dieron las cuatro de la tarde.

Etil se sentó a la sombra del cohete, con dos de sus compañeros.

—¡Así que esto es la Tierra!

—Yo opino que hay que matar a estas sucias ratas —dijo un marciano—. No confío en ellos. Son astutos como serpientes. ¿Por qué nos reciben así?

Alzó una caja:

—¿Qué me han dado aquí? Una muestra, dijeron. —El marciano leyó el marbete:

BLIX EL NUEVO JABÓN EN ESCAMAS.

Etil sentía frío. Temblaba más que antes.

—¿No lo siente? —susurró—. La tensión. La maldad de todo esto. Algo nos va a suceder. Tienen algún plan sutil y horrible. Van a hacernos algo..., lo sé.

—¡Opino que hay que matarlos a todos!

—¿Cómo vas a matar a una gente que te llama «compañero» y «querido mío»? —preguntó otro marciano.

Etil sacudió la cabeza.

—Son sinceros. Y sin embargo, siento como si nos disolviésemos lentamente en un tanque de ácido. Tengo miedo, de veras. —Sondeó las mentes de la multitud—. Sí, son verdaderamente cordiales. Adelante, camaradas, bienvenidos, nos dicen. Un montón de gente común que adora por igual a perros, gatos y marcianos. Y sin embargo..., sin embargo...

La banda tocó «Barrilito de Cerveza». Por cortesía de la Cervecería Hagenback, de Fresno, California, se distribuyó cerveza gratis a todo el mundo.

Los marcianos se sintieron enfermos. Se pusieron a vomitar.

Etil, enfermo, se sentó bajo un sicomoro.

—Una conspiración, una horrorosa conspiración —gruñó, llevándose las manos al vientre.

—¿Qué comió? —preguntó el comisionado militar.

—Algo que llamaban copos de maíz —murmuró Etil.

—¿Y nada más?

—Una especie de cilindro de carne, dentro de un pan; y un líquido amarillo en un vaso frío, y algo así como un pescado... —suspiró Etil. Se le cerraban los ojos.

Los gemidos de los invasores marcianos se oían en todas partes.

—¡Maten a esas víboras! —gritó alguien débilmente.

—Calma —dijo el comisionado—. Han exagerado su hospitalidad, nada más.

Los pasos de los marcianos resonaban sobre el asfalto.

—¡Alerta, hombres! —susurró el comisionado.

En ese momento pasaban ante un instituto de belleza.

Del interior de la casa surgió una risa furtiva.

Una cabeza cobriza se asomó y desapareció como una muñeca. Un ojo azul brilló e hizo un guiño desde el agujero de una cerradura.

—Una conspiración —murmuró Etil—. Una conspiración como les dije. —Olores y perfumes, impulsados por ventiladores, llenaron el aire de la calle. Las mujeres estaban escondidas en cavernas, como criaturas submarinas, bajo conos eléctricos, con cabellos ondulados en raros torbellinos, con ojos maliciosos y duros, tímidos y animales; con bocas rojas como el neón incandescente.

—¡En el nombre de Dios! —gritó Etil, con los nervios deshechos—. ¡Volvamos a los cohetes! ¡Volvamos a casa! ¡Nos agarrarán! ¿No lo ven? ¡Esos horribles animales marinos, esas mujeres ocultas en sus frescas cavernas de piedra artificial!

—¡Cállese!

—¡Cierre la boca!

Etil dio un grito:

—¡Van a arrojarse sobre nosotros, esgrimiendo cajas de bombones y chillando con sus bocas rojizas y grasientas! ¡Van a inundarnos con trivialidades, a destruir nuestra sensibilidad! Mírenlas, a punto de morir electrocutadas, con sus voces susurrantes, sus cantos y sus murmullos! ¿Se atreverían a entrar ahí?

—¿Por qué no? —preguntaron los otros marcianos.

—Los harán pedazos, los azotarán hasta que no quede de ustedes sino un marido, un hombre trabajador, el hombre que paga para que ellas puedan venir a sentarse aquí, a devorar sus malditos chocolates. ¿Piensan que podrían dominarlas?

—Sí, por todos los dioses.

A lo lejos se oyó una voz de mujer que decía:

—¿No es gracioso ese del medio?

—Los marcianos no son tan malos después de todo. Son sólo hombres —dijo otra.

—¡Eh! ¡Yu-ju! ¡Marciano! ¡Eh!

Etil escapó dando gritos.

Se sentó en un parque, estremeciéndose, recordando la escena.

Alzó los ojos hacia el oscuro cielo de la noche, y se sintió tan lejos de su casa, tan desamparado. Sentado aquí, entre los árboles inmóviles, podía ver a lo lejos a los guerreros marcianos que paseaban por las calles, con mujeres terrestres, o desaparecían en la fantasmal oscuridad de los palacios de las emociones pequeñas, para oír allí los horribles sonidos de unas cosas blancas que se movían sobre pantallas blancas. Y al lado de los marcianos se sentaban unas mujercitas de pelo rizado, con unas bolas de goma gelatinosa entre las mandíbulas y debajo de los asientos se endurecían otras bolas de goma con unas fósiles huellas que los dienteitos de gato de las mujeres habían impreso para siempre.

Etil comenzó a escribirle a su mujer, moviendo cuidadosamente la pluma sobre una hoja apoyada en la pierna.

Querida Tylla...

Pero lo interrumpieron. Una vieja aniñada, con una cara llena de arrugas, pálida y redonda, sacudió una pandereta bajo las narices de Etil, obligándole a alzar los ojos.

—Hermano —exclamó la vieja con los ojos brillantes—. ¿Has sido salvado?

—¿Estoy en peligro? —preguntó Etil, incorporándose y dejando caer la pluma.

—¡En terrible peligro! —lloró la mujer, golpeando la pandereta y clavando los ojos en el cielo—. Oh, hermano, necesitas ser salvado urgentemente.

—Pienso lo mismo —dijo Etil, estremeciéndose.

—Hoy hemos salvado a muchos. Yo misma salvé a tres marcianos. ¿No está bien? —La mujer le mostró los dientes.

—Creo que sí.

La vieja parecía dominada por alguna sospecha. Se inclinó hacia Etil y le preguntó en voz baja:

—Hermano, ¿has sido bautizado?

—No lo sé —murmuró Etil a su vez.

—¿No lo sabes? —gritó la mujer alzando la mano y la pandereta.

—¿Es como ser fusilado?

—Hermano —dijo la mujer—. Estás en un estado pecaminoso lamentable. Le echaremos la culpa a tu descuidada educación. Hermano, tienes que bautizarte si quieres ser feliz.

—¿Seré feliz aun en este mundo? —preguntó Etil.

—No pretendas manjares en tu plato —dijo la vieja—. Conténtate con unas viejas lentejas, pues nos espera otro mundo mejor que éste.

—Lo conozco —dijo Etil.

—Un mundo de paz —continuó la mujer.

—Sí.

—De leche y miel —dijo la vieja.

—Sí, sí.

—Y donde todos ríen.

—Ahora me doy cuenta —dijo Etil.

—Un mundo mejor.

—Mucho mejor. Sí, Marte es un hermoso planeta.

—Oye —dijo la mujer, estirándose y dándole, casi, con la pandereta en la cara, ¿te ríes de mí?

—¿Por qué? No. —Etil se sintió confuso y asombrado—. Pensé que hablaba usted de...

—No de ese malvado y viejo Marte. ¡Créeme! Los hombres como tú arderán siglos y siglos, y sufrirán, y se cubrirán de pústulas negras, y serán horriblemente torturados.

—Reconozco que la vida en la Tierra no es nada agradable. La ha descrito usted muy bien.

—¡Estás burlándote de mí otra vez! —gritó la mujer, enojada.

—No, no..., por favor. Soy un hombre ignorante.

—Bueno —dijo la mujer—, eres un pagano y los paganos no son gente buena. Toma este papel. Ve a esa dirección mañana. Te bautizaremos y serás feliz. ¿Irás?

—Haré lo posible —dijo Etil, titubeando.

La mujer se fue calle abajo, golpeando su pandereta, cantando hasta desgañitarse:

—¡Soy tan feliz, soy siempre tan feliz!

Aturdido, Etil volvió a su carta:

Querida Tylla:

Pensar que en mi ingenuidad pensé que los terrestres contraatacarían con fusiles y bombas. No, no. Cometí un triste error. Mick, o Rick, o Jick, esos apuestos jóvenes que salvan el mundo, no existen. No.

Hay rubios robots de rosados cuerpos de goma, reales, pero de algún modo irreales; vivos, pero de algún modo automáticos, que viven en cuevas. Tienen, además, una mirada fija, inmóvil, por haberse pasado innumerables horas mirando películas. Sólo tienen músculos en las mandíbulas: mastican incesantemente unos trozos de goma.

Y no sólo eso, querida Tylla, toda la civilización terrestre es algo semejante. Y hemos sido arrojados en esta civilización como un puñado de semillas en una mezcladora de cemento. Ninguno de nosotros podrá sobrevivir. Nos matarán a todos, pero no con una bala, sino con un amable apretón de manos. Nos destruirán a todos, pero no con un cohete, sino con un automóvil...

Alguien dio un grito. Un enorme ruido. Otro ruido. Silencio.

Etil alzó los ojos. A lo lejos, en la calle, habían chocado dos autos. Uno lleno de marcianos, el otro de terrestres. Etil volvió a su carta.

Querida, querida Tylla. Unos pocos números si me permites. Cuarenta y cinco mil personas se matan todos los años en este continente norteamericano, transformándose en jalea ahí mismo, en la misma lata, en los automóviles. Una jalea de sangre roja, con unos huesos blancos aquí y allá.

Miras por la ventana y ves a dos personas que hasta hace un momento no se conocían, cariñosamente acostadas juntas, muertas. Preveo que esas jóvenes brujas y esas gomas de mascar aplastarán, contaminarán, atraparán a nuestro ejército en los cines. Uno de estos días trataré de escapar e ir a Marte. Tendrá que ser pronto.

Las mujeres de este malvado planeta están ahogándose con una marea de sentimentalismo, de falso romance. Buenas noches, Tylla. Deséame buena suerte, pues moriré probablemente tratando de escapar. Besos a los niños.

Llorando en silencio, Etil dobló la carta y se prometió a sí mismo llevarla más tarde al correo del cohete.

Dejó el parque. ¿Qué podía hacer? ¿Escapar? ¿Pero cómo? ¿Ir al correo esa misma noche, robar uno de los cohetes y volver solo a Marte? ¿Sería posible? Sacudió la cabeza. Se sentía confundido.

Sólo sabía que si se quedaba en la Tierra pasaría a ser el esclavo de un montón de cosas que zumbaban, roncaban, silbaban y emitían nubes de humo y malos olores. Y en seis meses sería el propietario de unas pesadillas profundas como océanos e infectadas de intestinos de increíble longitud a través de los cuales tendría que abrirse paso a la fuerza durante todas las noches.

No, no.

Etil observó los rostros alucinados de los terrestres que desfilaban en sus ataúdes metálicos.

—Eh, usted

La bocina de un auto. El largo féretro de un coche, negro y siniestro, se acercó a la acera. Un hombre se asomó a la ventanilla.

—¿Es usted marciano?

—Sí.

—Justo el hombre que busco. Suba, rápido... La gran ocasión de su vida. Suba. Iremos a hablar a un lugar tranquilo. Vamos, suba, no se quede ahí.

Como hipnotizado, Etil entró al coche.

—¿Qué deseas, E.V.? ¿Un *manhattan*? Yo convido. ¡Yo y los Grandes Estudios! Mucho gusto de conocerte, E.V. Mi nombre es R.R. van Plank.

Etil sintió que le estrujaban y le masajearon la mano. Estaban en una ratonera oscura, rodeados de música y camareros. Aparecieron dos copas. Van Plank, con las manos cruzadas sobre el pecho, observaba su descubrimiento marciano.

—E.V. —dijo al fin—, te necesito para esto. La más espléndida de mis ideas. Estaba en casa, sentado, y pensé: ¡Dios mío, que buena película sería! LOS MARCIANOS INVADEN LA TIERRA. ¿Qué necesito? Un consejero técnico. Subía a mi coche, te encontré, y aquí estamos. ¡Alcemos las copas! Por tu salud y tu futuro!

—Pero... —dijo Etil.

—Sí, ya sé, necesitas dinero. Bueno, no faltará. Tengo aquí mismo una libreta de cheques muy apetitosa.

—No me gustan las golosinas terrestres...

—Muy gracioso, de veras. Bueno, te diré cómo imagino la película... —van Plank se inclinó hacia adelante, excitado—. Para empezar, una escena con marcianos que bailan y tocan el tambor. Al fondo unas grandes ciudades de plata...

—Pero las ciudades marcianas no son así...

—Tenemos que darle color, muchacho. Deja que el viejo arregle este asunto. Bueno, ahí están los marcianos, bailando alrededor del fuego.

—Nosotros no bailamos alrededor del fuego.

—En esta película bailarán alrededor del fuego —declaró van Plank con los ojos cerrados, orgulloso de su seguridad—. Luego aparecerán unas hermosas marcianas, altas y rubias.

—Las marcianas son morenas...

—Mira, E.V., así no podremos entendernos. Ah, me olvidaba, tendrás que cambiarte el nombre. ¿Cómo era?

—Etil.

—Un nombre de mujer. Te voy a poner uno mejor: Joe. Te llamarás Joe. De acuerdo, Joe, como decía, nuestras marcianas serán rubias porque..., porque sí. Y en otra escena muy emocionante, la joven marciana salva de la muerte a todos los marcianos cuando un meteoro destroza el cohete. Una escena formidable. Me alegra haberte encontrado, Joe. Harás un buen negocio con nosotros, te lo aseguro.

Etil se inclinó hacia adelante y tomó al hombre por la muñeca.

—Un momento. Quiero preguntarle algo.

—Seguro, Joe. Adelante.

—¿Por qué han sido tan amables con nosotros? Invadimos su planeta y nos reciben amablemente. ¿Por qué?

—No son muy inteligentes en Marte, ¿eh? Son bastante ingenuos, ya me doy cuenta. Mira, Joe, piensa un momento. Todos somos gente común, ¿no es así? —van Plank agitó una mano oscura adornada con esmeraldas—. En la Tierra estamos orgullosos de ser así.

»Éste es el siglo del hombre común, Bill, y estamos orgullosos de nuestra medianía. Sí, señor, una enorme familia amable... Todo el mundo ama a todo el mundo. Les entendemos, Joe, y sabemos porqué han invadido la Tierra. Sabemos que ustedes se sentían muy solos en ese frío y pequeño Marte, y que envidiaban nuestras ciudades...

—Nuestra civilización es más antigua que la de ustedes.

—Por favor, Joe, no me gusta que me interrumpan. Déjame terminar y luego me dirás todo lo que quieras. Como te iba diciendo, se sentían muy solos allá arriba, y bajaron a ver nuestras ciudades y a nuestras mujeres y todo lo demás, y nosotros los recibimos con los brazos abiertos. Todos somos hermanos. Ustedes son hombres comunes, como nosotros. Y, además, Roscoe, esta invasión puede darnos algunos beneficios. Por ejemplo, esta película nos reportará una ganancia neta de mil millones de dólares. La semana próxima comenzaremos a vender una muñeca marciana a treinta dólares.

»Firmaremos también un contrato para vender un juego marciano a cinco. Hay muchas posibilidades.

—Ya veo —dijo Etil, echándose hacia atrás.

—Y luego, naturalmente, está ese nuevo y espléndido mercado.

—Piensa en los depiladores, las pastillas de goma y las pomadas para calzado que podremos venderles.

—Espere. Otra pregunta.

—Lárgala.

—¿Cómo se llama usted? ¿Qué quiere decir R.R.?

—Richard Robert.

Etil miró el cielo raso.

—¿Lo llamaron alguna vez, por casualidad, Rick?

—¿Cómo lo has adivinado, socio? Rick, exacto.

Etil suspiró y rió, rió. Extendió la mano.

—Así que..., ¿usted es Rick? ¡Rick!

—¿Dónde está el chiste?

—No lo entendería... Una broma de familia, ¡ja, ja! —Las lágrimas corrieron por las mejillas de Etil y le llegaron a la boca—. Así que usted es Rick. Oh, qué sorpresa..., y es divertido. Nada de músculos prominentes, nada de fuertes mandíbulas, nada de revólveres. ¡Sólo una cartera llena de dinero y unos anillos de esmeraldas, y una enorme barriga!

—Eh, cuidado con lo que dices. No soy, quizá, un Apolo, pero...

—Deme la mano, Rick. ¡Deseaba tanto conocerlo! Usted conquistará Marte. Armado de cocteleras, fichas de póquer, bolsas de goma, gorras cuadriculadas y botellas de ron.

—Sólo soy un humilde hombre de negocios —dijo van Plank, bajando modestamente los ojos—. Eso es todo. Pero, como te decía, Marte será un gran mercado para los juegos automáticos y las historietas. Campo virgen. Les meteremos por los ojos unas cuantas cosas a los marcianos. ¡Se van a pelear por ellas, muchacho! Perfumes, trajes de París. Y zapatos nuevos...

—No usamos zapatos.

—Mira, Joe, ya arreglaremos eso. Se avergonzarán de no usar zapatos. ¡Y luego les venderemos el betún!

Van Plank palmeó a Etil.

—¿Trato hecho? ¿Serás el director técnico de mi película? Te daremos doscientos por semana para empezar. Y luego aumentaremos a quinientos. ¿Qué te parece?

—Me siento enfermo —dijo Etil. Había bebido el *manhattan* y estaba pálido.

—Caramba, lo siento. No sabía que eso podía hacerte mal. Vamos a tomar un poco de aire.

Al aire libre, Etil se sintió mejor.

—¿Así es que por eso nos recibieron en la Tierra?

—Claro, hijo. Cuando un terrestre puede ganarse honestamente un dólar, míralo, desborda de entusiasmo. Bueno, ésta es mi tarjeta. Ve a los estudios de Hollywood mañana por la mañana, a las nueve. Buenas noches, y... ¡Feliz invasión!

El automóvil se alejó.

Etil lo siguió con los ojos, incrédulo. Luego, frotándose la frente con la palma de la mano, echó a caminar por la calle, hacia el aeropuerto.

Los cohetes, silenciosos, resplandecían a la luz de la luna. De la ciudad llegaban los lejanos ruidos de las fiestas. En un puesto médico atendían un caso grave de depresión nerviosa: un joven marciano que, a juzgar por sus gritos, había visto demasiado, había bebido demasiado, había oído demasiadas canciones en los fonógrafos rojos y amarillos de los cafés, y había sido perseguido alrededor de innumerables mesas por una mujer parecida a un elefante.

—No puedo respirar... —murmuraba el enfermo.

Al cabo de un año, ¿cuántos marcianos habrían muerto enfermos del hígado, de los riñones o del corazón? ¿Cuántos se habrían suicidado?

Etil se detuvo en medio de la desierta avenida.

Podía elegir: quedarse aquí, aceptar el empleo en el estudio, presentarse todas las mañanas al trabajo, como consejero técnico y al cabo de un tiempo decirle al productor que sí, de veras, había masacres en Marte; sí, las mujeres eran altas y rubias; sí, habían danzas rituales y sacrificios; sí, sí, sí, sí. O podía meterse en un cohete y volver, solo, a Marte.

—Pero, ¿y el año próximo? —se dijo.

Inaugurarían en Marte el club nocturno del Canal Azul, el casino de juegos de la Ciudad Antigua, en la misma ciudad. ¡Sí, en una de las antiguas ciudades de Marte! Tubos de neón, papeles sucios entre las ruinas, picnics en los viejos cementerios...

Pero no en seguida. Pronto llegaría a casa. Tylla estaría esperándolo con su hijo, y durante un tiempo podrían sentarse a orillas del canal a leer los viejos y hermosos libros, a saborear un vino suave y raro... Y hablarían y vivirían en paz hasta que los tubos de neón cayeran sobre ellos.

Y quizá pudieran irse entonces a las montañas azules y ocultarse allí un año o dos, hasta que llegasen los turistas a sacar sus instantáneas y decir que bonito era todo.

Etil volvió la cabeza y vio que un coche venía hacia él, haciendo eses, lleno de muchachos y muchachas vociferantes. Vio que los ocupantes del automóvil lo señalaban con el dedo y gritaban. Oyó el ruido creciente del motor. El vehículo se lanzaba contra él a noventa kilómetros por hora.

Etil echó a correr.

Sí, sí, pensó cansadamente, con el coche ya encima, qué raro, que triste. Suena como..., como una mezcladora de cemento.

**FIN**